

Lo que hemos asentado nos revela también, que el Verbo del Señor no procede del conocimiento de las cosas futuras, como si estas influyesen en su procesion; sino sólo juntamente; (concomitanter) porque es necesario y natural el conocimiento de que procede el mismo Verbo; y el de las cosas futuras no es natural ni necesario; sino que supone el libre decreto de Dios, sin el cual, así como nunca serían, así también no sería su conocimiento. Si el Padre eternamente se entiende, también eternamente se dice; y el Verbo siempre está en su seno. Si pensamos, pues, en ese Verbo, existan ó no existan las criaturas, Él siempre es coeterno á su principio. (1)

Mas una vez supuesto el decreto de la existencia de las criaturas conocidas por el Padre, su Verbo debió expresarlas, como que expresa todo lo que conoce el mismo Padre; y por esto así como el Padre pudo no conocer cómo existentes las criaturas que habían de existir, según que estuvo en su mano el no decretar su existencia; pero una vez decretada, fué necesario su conocimiento, así también, el Divino Verbo, una vez decretadas debió representarlas.

¿Quién no ve, pues, la infinita y adorable perfección del Hijo de Dios? Cierto es que no podrá hacer, sino lo que viere hacer á su Eterno Padre; mas Este Padre ¿hará por ventura, alguna cosa que no muestre á su Hijo? ¿cuál sería entonces, la palabra con que hablase el mismo Padre, ó el concepto que no hubiera ya expresado en su Divino Verbo?

Encanta y arrebató el alma, tan hermoso y divino

(1) D. Anselm. Monol. c 2.

pensamiento! El Verbo de Dios es tan perfecto, que todo el conocimiento del Padre, brilla en la eterna procesion del Hijo; porque Éste Hijo, es el vivo y adorable resplandor de la luz increada, espejo sin mancha de la majestad de Dios, é imagen de su bondad.....

(1) ¿De su bondad? ¿pues por ventura San Pablo no nos dice que el Hijo, es la imagen de la sustancia del Padre? (2) Ciertamente así es; mas la naturaleza de Dios es la bondad. Indaguemos, pues, de qué manera el Hijo representa la bondad de su Divino Padre.

Así amó Dios al mundo que le dió á su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna. [3] Esta es la más hermosa y grande manifestacion de la bondad del Padre; ¿y por qué? Porque esa dádiva preciosa sobrepasa toda estimacion: es un tesoro infinito para los hombres, que á cuantos se han valido de él, los ha hecho partícipes de la amistad de Dios, y recomendables por los dones de la doctrina. [4]

El mundo cargado de crímenes, envuelto en tinieblas, y marchando á grandes pasos por sendas de espantosa corrupcion, ciertamente no era digno de recibir aquel tesoro, ni de ser enriquecido, con la preciosa margarita de los cielos. No deis las cosas santas á los perros, ni echeis vuestras piedras preciosas delante de los cerdos: no sea que las huellen, y revolviéndose contra vosotros os despedacén, nos dijo el Divino Salvador. (5) ¿Cómo, pues, el Padre nos dió á su Hijo? Sólo el amor que tiene al mundo nos explica su sagra-

Padre Felipe Castanon

(1) Sap. VII. 26. (2) Heb. I. 3. Figura ponitur pro imagine. D. Th. hic. (3) Joann. III. 16. (4) Sap. VII. 14. (5) Matth. VII. 6.

da y amable conducta. Que por lo demas, ¡cuántas veces, ay dolor, hemos cumplido desgraciadamente, el anuncio del Divino Maestro: hollamos los dones del cielo y nos volvemos contra el mismo Dios! Dios no lo ignoraba, y esto es en verdad, lo que hace brillar más y más, la caridad de Dios hácia nosotros, que entónces mismo, cuando todavía éramos pecadores, fué, que en el tiempo señalado, murió Cristo por nosotros, su propio Hijo á quien no perdonó, sino que lo entregó á la muerte por nuestra salud. (1)

¿Podrá el Padre, expresar de un modo más sublime y convincente su divina y abrasada caridad hácia nosotros? Ved, pues, cómo el Hijo Santo, es la incomparable y bella imágen de la bondad del Padre. Al ver á ese Hijo entre nosotros, el corazon se abrasa en las ardientes llamas del amor del Padre, que nos le dió. Lo amamos con todo nuestro afecto: ¿quién no siente como una dulce y secreta violencia, que sin ofender su propia libertad, lo va llevando, tan santa y suavemente, á los brazos de ese tierno y amoroso Padre? Sin duda alguna que fuera necesario tener un corazon de bronce, ó ignorar del todo, quién es el Hijo del Eterno, para permanecer indiferente á esa prueba del amor del Padre, en habernos dado á su mismo Hijo.

El Hijo de Dios es la santa y adorable imágen de la bondad de su Padre. Ese Verbo es el Hijo de su amor, nos dice San Pablo; ¿cómo hará brillar sobre nosotros, la bondad infinita del que lo ha engendrado en los resplandores de la santidad? Extiende á nosotros su divina filiacion; no ciertamente, aquella por la

(1) Rom. V. 8, 9. VIII. 32.

cual Él mismo, es el Unigénito del Padre, sino tan sólo la adoptiva: nos hace sus hermanos; y no se confunde en llamarnos con tan dulce nombre. ¡Hermanos del Hijo de Dios, hijos adoptivos del Divino Padre! ¿Quién no descubre en esos títulos gloriosos, la bondad de Aquél que nos adoptó en su mismo Unigénito? ¡Oh, con cuánta verdad dijo á su Padre el Divino Salvador: Padre Yo por Mí te he glorificado en la tierra..... manifesté tu nombre á los hombres que me has dado del mundo! (1) Sí, el Hijo ha manifestado el nombre de su Padre, nos ha dicho que somos sus hermanos, y en seguida nosotros pronunciamos llenos de confianza, y deshecho de ternura el corazon, este amado y dulcísimo nombre: Padre mio, Padre mio.

¡Oh quién nos diese un corazon de fuego para amar con ardientes y abrasadas llamas al Hijo Santo del Divino Padre que se ha dignado hacerse nuestro hermano! Mas no creamos que aquí terminan las maravillas de su tierno afecto: un nuevo rayo de la luz del cielo alumbrá nuestras almas llenándonos de asombro; y nos descubre la bella imágen de la bondad del Padre. El Padre engendra al Hijo en su divino seno; el Hijo nos recibe por hermanos, y tambien nos adopta por sus hijos: las maravillas se multiplican y el amor está rebosando en su misma fuente. ¿No recordais aquella voz divina que salió de los labios del Hijo de Dios: Hijitos míos, aún estoy un poco con vosotros..... Un mandamiento nuevo os doy: que os ameis los unos á los otros, así como Yo os he amado? (2) No hay expresion que nos llegue así hasta el al-

(1) Joann. XVII. 4, 6. (2) Joann. XIII 33, 34.

ma, como la expresion de hijitos, que nos revela una ternura inmensa, que el hombre no comprende ni merece: ¿qué dirémos del Hijo de Dios que nos trata de este modo? ¿dónde puede hallarse el corazon que no le ame? y ¿quién, pensando en esto, y recordando las palabras de San Pablo: Así como hemos llevado la imágen del hombre terreno, llevemos tambien la imágen del hombre celestial; (1) ¿quién no deseara ser trasformado en la misma imágen del Hijo de Dios? y ¿quién no siente el más vivo y profundo regocijo al pronunciar estas palabras: Somos ya hijos de Dios, hijos del Padre..... Sabemos que cuando se manifestare claramente Jesucristo, serémos semejantes á Él, porque lo verémos cómo Él es, cara á cara. (2)

¿Qué dirémos, otra vez preguntamos, del Hijo de Dios? Que es nuestro amado, nuestro hermano querido, y dulcísimo Padre; que si hay por desgracia corazones que vivan sin Él, con su gracia divina nosotros jamas dejarémos de amarle. Por Él suspiramos; Él es nuestro gran pensamiento, nuestro afecto sagrado, el contento, el consuelo, la paz, la dulzura, y el júbilo ardiente y divino que encanta nuestra alma, y nos hace dichosos. Nada hay en el mundo, nada hay en el cielo que amemos sin Él; buscamos su rostro, pedimos su amor, y en Él esperamos, alegres diciendo: Tú eres mi única esperanza, mi herencia dichosa en la tierra de los vivientes. (3)

(1) I. Cor. XV. 49. (2) I. Joann III. 2. -Beda ap. Scio. (3) Ps. CXLI. 6.

CAPÍTULO XVI.

NOMBRES DE LA TERCERA PERSONA DE LA

SANTÍSIMA TRINIDAD.

§ I.

El Espíritu Santo, el Amor Divino, el Don de Dios. Estos tres nombres que damos á la Tercera persona de la Santísima Trinidad, nos inspiran los más hermosos y elevados pensamientos, y conmueven santamente el corazon. Dios es Espíritu, y los que le adoran, deben adorarlo en espíritu y verdad. (1) El Espíritu Santo es Dios, y nosotros queremos adorarlo en espíritu y verdad. ¿Hasta dónde será indispensable remontarnos, para rendirle la más tierna y humilde adoracion? Que Él mismo por su inefable bondad, extienda su mano divina sobre nosotros, y nos tome y levante en espíritu entre el cielo y la tierra, y nos lleve á Jerusalem, á la vision de santa y dulce paz, á contemplar allí las maravillas y grandezas que se encierran en los gloriosos nombres que le damos. (2) Mas ¿cómo pedir tan excelentes dones, cuando apenas somos miserables gusanillos que nos vamos arrastrando por el suelo; hombres despreciables que no merecemos la atencion de los demas; que debemos confundirnos de nuestra osadía en tratar tan profundas materias, tal vez creyendo, que al pensar en ellas, las hemos comprendido, ó que

(1) Joann IV. 24. (2) Ezech. VIII. 3.